

Biblioteca Ilusión

Publicación Semanal

Núm. 93

25 cénts



El ladrón burlado

por PETE MORRISON

BIBLIOTECA ILUSION

EL LADRON BURLADO

Comedia americana, interpretada por el simpático cow-boy

Pete Morrison

Versión literaria de
CRISPULO GOTARREDONA

Exclusivas Universal Hispano American Films, S. A.
Calle Valencia, 233. - Barcelona



REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN:
PARÍS, 204. - BARCELONA

EL LADRÓN BURLADO

PRINCIPALES INTÉRPRETES:

<i>Juan Bowers</i>	Pete Morrison
<i>Bárbara Grant</i>	Bárbara Starr
<i>Florencia Lane</i>	Hane Austen
<i>Wingo Wade</i>	Elmer Dewen
<i>Eduardo Rent</i>	Bruce Gordon

I

A cualquiera que se le ocurriese hacer una visita a la hacienda Peters, enclavada en las mismas entrañas del valle de los Mimbres, a pocas leguas de Villagrana, podría observar que allí, la persona que llevaba los pantalones, era Mamá Pringle, copropietaria de la hacienda y esposa legítima del otro propietario, llamado Papá Pringle.

Eso de papá y mamá, no les venía de que tuviesen ningún hijo. Más de veinte años de matrimonio, no habían sido suficientes para darles descendencia que pudiera heredar aquella propiedad. Los que les habían bautizado así eran los cow-boys de la hacienda, unos muchachos bromistas por demás.

Mamá Pringle mandaba y disponía, hacía y contrahacía en aquel rincón del mundo, donde era reina y señora, pero como sus rigores no se hacían extensivos más que a su marido, pues trataba a los muchachos con cierto cariño, todos la estimaban por un igual.

Cierto día, hallábanse los vaqueros reunidos en el patio, cuando Juan Bowers, que acababa de llegar del pueblo, trajo la gran noticia.

—¡A qué no sabéis quién va a llegar al pueblo esta misma tarde!—dijo.

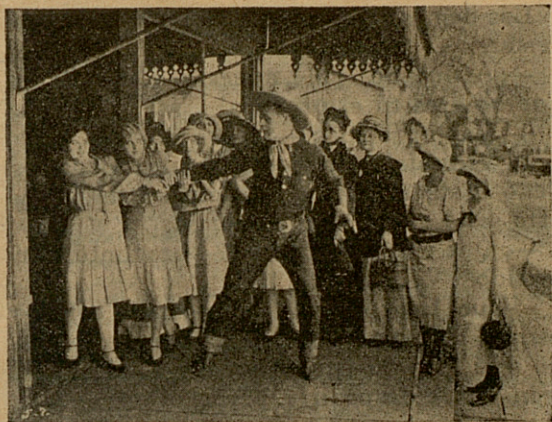
Cada uno supuso un nombre, pero nadie daba en el verdadero.

—Supongo que no será el presidente de los Estados Unidos—decía uno.

—¡Ya está!—afirmaba otro—. ¿Es aquel pastor protestante?...

—Nada de pastores protestantes — interrumpió Bowers—. Para facilitar vuestra labor, os diré que se trata de una chica.

Y Juan Bowers se divertía viendo la curiosidad de sus compañeros. Este Bowers, que era buen muchacho, un buen jinete y un buen trabajador, no tenía más defecto que enamorarse cada vez que cambiaba la luna. Llevaba las altas y bajas de las chicas del pueblo, y era natural que él fuese el primer enterado del regreso de aquélla.



Cuando iba a entrar, advirtió que...

—Nos declaramos vencidos — confesaron los vaqueros.

—Bueno, pues la chica que llega hoy en el tren de las cinco, es Bárbara Grand.

—¡Bárbara Grand!

—¡La hija de Grand!

—¡Aquella morenita tan salada!

Bowers estaba satisfecho del éxito de la noticia y afirmaba con énfasis:

—Sí, sí. ¡Bárbara Grand! Y ahora os apuesto que yo seré el primero de todos vosotros que la saludaré.

Los demás se picaron y empezaron a protestar.

—¡A que no! ¡Me apuesto diez dólares que no eres tú el primero!

—¡Van apostados!—aceptó Bowers.

El escándalo que formaban los vaqueros llegó hasta la cocina de mamá Pringale y ésta salió a ver lo que ocurría.

—¿Qué escándalo es ese?—preguntó a su marido.

—Que Juan Bowers ha apostado con los otros a que él será el primero en dar la mano a la hija de Grand que llega hoy en el tren. Yo le despediría, pero...

—De lo que te debes ocupar es del fogón de la cocina. ¡Y pronto que si no verás lo que pasa!

Entre tanto, los muchachos habían formalizado su apuesta y cada uno se preparaba para salir al encuentro de Bárbara Grand, la muchacha más bonita en diez leguas a la redonda.

II

El expreso del Pacífico reduce su velocidad al llegar al final de la pendiente que termina en Villagrán.

Bárbara Grand regresaba a su pueblo en aquel tren, recién salida del colegio donde

le habían llenado la cabeza de textos para iniciarla en la vida práctica.

Estaba en la edad en que se tienen ilusiones y unas ganas locas de hacer novio. Villagrán era la meta soñada donde podría satisfacer aquel natural deseo, y estaba ansiosa por llegar.

Bárbara había invitado a pasar una larga temporada en su casa a Florencia Lane.

Si una era morena, la otra era rubia: las dos eran bonitas sobre toda ponderación.

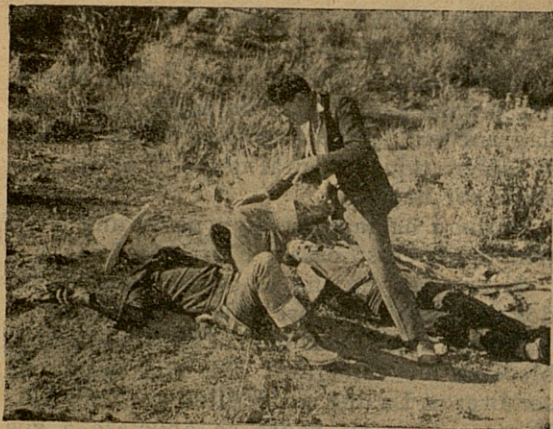
Ambas muchachas habían convenido establecerse en Villagrán con una tienda de sombreros. La única dificultad que veía Bárbara era que su padre se opusiese a sus legítimas aspiraciones, pero procuraría aplacarlo.

En las inmediaciones de la pendiente que formaba la vía, se habían situado unos individuos de aspecto poco tranquilizador.

—Tú te encargas del maquinista, David—dijo el que parecía jefe de la pandilla—. Nosotros haremos la cuestación entre los buenazos de los viajeros.

Por lo visto, aquellos individuos se hallaban apostados para asaltar el tren, cosa muy frecuente entre los bandoleros de aquella zona.

Cuando éste enfiló, jadeando, la pronunciada pendiente, los foragidos hicieron parar el convoy, y el nombrado David subió



—*El primero que me diga quien le da las órdenes queda en libertad.*

a la locomotora encañonando al maquinista y el fogonero con sus pistolas.

Los demás iban a realizar sus propósitos cuando se vieron desagradablemente sorprendidos por los cañones de un par de pistolas que empuñaba Juan Bowers.

Lo ocurrido había sido que Bowers, adelantándose a sus compañeros, con objeto de ganar la apuesta, se había dirigido a la pendiente, para coger el tren.

Los asaltantes quisieron oponer alguna resistencia, pero los vaqueros, que seguían

a Bowers, les inspiraron poca confianza y huyeron a la desbandada. Casi inmediatamente el tren se puso en marcha a todo vapor; Bowers no pudo encaramarse por un estribo, pero poco después cabalgaba junto a la ventanilla donde estaban las dos muchachas.

—¡Oh, Juan! ¿Cómo estás? — exclamó Bárbara al reconocerle.

—Muy bien. Tú veo que no lo estás tanto, porque acabas de llevarte un susto, pero ya ha pasado el peligro.

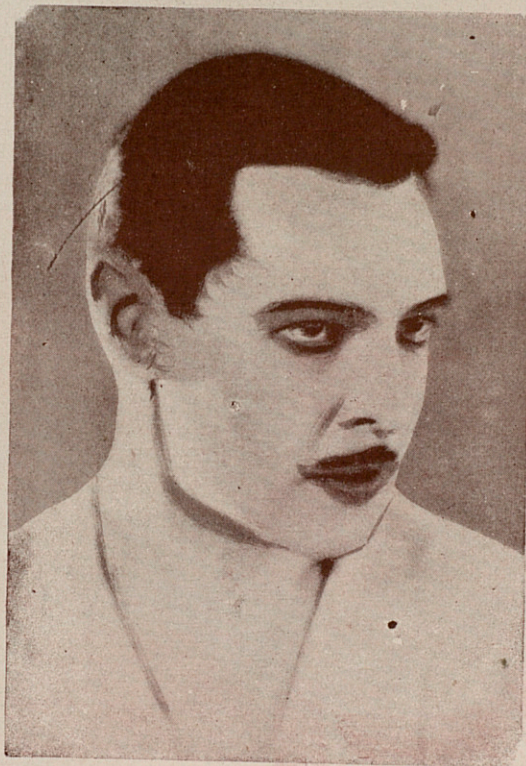
Juan Bowers acompañó al tren casi hasta la entrada del pueblo; allí la carretera y la vía se bifurcaban y no podía seguir las.

—¡Centella! — dijo a su caballo—. Es cuestión de enseñar a todos cómo entran en el pueblo un buen caballo y un buen jinete.

Como si tuviese uso de razón, el noble bruto irguió la cabeza y entró en el pueblo al trote más elegante, caracoleando con presunción, mientras el caballista se conquistaba las miradas de las chicas que se cruzaban con él.

Wingo Wade, un hombre que había llegado al pueblo sin saberse de dónde y que se dirigía a la estación para recibir a Bárbara Grand, le contempló unos momentos en silencio, y después pensó:

—He aquí el único rival de Kent. Si no



IVAN LEBEDEFF

fuera por él, ya podría decir que Bárbara era suya.

III

De pocos años a esta parte, Villagrán ha progresado bastante. Antes era un villorrio, perdido en la llanura, formado por unas cuantas calles pedregosas y polvorientas en tiempo seco, y convertidas en barrizales los días de lluvia.

El mísero poblado ha crecido. El comercio se ha centralizado en este pueblo único del valle que tiene estación ferroviaria.

En la estación de Villagrán no paran todos los trenes. Unos pasan de largo, en busca de las grandes estaciones, y otros se detienen para tomar agua. Por la tarde llega un expreso, único convoy que puede dejar viajeros en la minúscula estación.

En aquel tren llegaron Bárbara y Florencia Lane. Casi al mismo tiempo llegaba por la carretera Juan Bower, mezclándose con los que habían acudido a recibir a las muchachas y así lograba ganar la apuesta.

Hallábanse en la estación el viejo Grand, padre de Bárbara, un comerciante enriquecido cuyo duro carácter sólo se doblegaba ante una persona: su hija.

También fué a darles la bienvenida

Eduardo Rent, que profesaba las mismas ideas que Wingo Wade, pero con más hipocresía y refinamiento.

Había reconocido a Bárbara durante las últimas vacaciones de la muchacha y a partir de aquel entonces vió la solución del problema de su vida, casándose con Bárbara.

La hija del acaudalado comerciante, tenía muchos pretendientes por dos razones: por su belleza y por la dote que traía consigo.

En cuanto a su belleza, puede decirse que Bárbara era la más bonita del pueblo, y ya se sabe los pretendientes que tienen esas muchachas. Los bienes de fortuna que había amontonado, año tras año, la codicia de Grand, eran incalculables, las mejores haciendas de los contornos eran suyas y tenía participación en todos los negocios productivos del pueblo.

No obstante su envidiable situación, Bárbara había nacido desprovista de orgullo. Había tenido el buen gusto de desechar muchas declaraciones de amor, entre ellas una muy calurosa de Eduardo Rent, recibida poco después de su vuelta al colegio.

Cuando vió que éste formaba parte de la comitiva que había acudido a la estación, temió que Rent hiciese alguna manifesta-



Salieron a su encuentro y al ser registrados...

ción relativa a "aquellos" y le saludó con cierta frialdad que desconcertó al joven.

En cambio acogió con gran camaradería a su amigo y compañero de la niñez, Juan Bowers. ¡Este sí que era un buen muchacho del que no había nada que temer! En cuanto a simpático, él solo lo era más que todos los del pueblo reunidos.

Después de corresponder al saludo del joven, Bárbara le presentó a Florencia, su compañera de viaje.

—¿De modo que usted es Juan Bowers,

eh?—preguntó con cierto tonillo picaresco.

—Sí, ¿qué pasa!—preguntó Bowers desconcertado.

—Nada... Que tengo muy buenas referencias de usted—repuso Florencia, clavándole una mirada que dejó sin conocimiento al vaquero que no sabía la fuerza magnética de las miradas de Florencia Lane.

Esta joven poseía el mismo temperamento de Juan Bowers, pero a la inversa: todos los hombres le eran simpáticos. Juan le inspiró, desde el primer instante, una clase de simpatía, casi rayana en el enamoramiento y por la noche hubo de confesar a su compañera de colegio que el hombre que más le había gustado era Juan Bowers.

—¡A ver si me lo vas a quitar!—advirtió Bárbara.

—Tanto como quitártelo, no; pero me gusta.

IV

—Papá, quiero decirte una cosa. Florencia y yo hemos decidido practicar lo que aprendimos en el colegio poniendo en el pueblo una tienda de sombreros.

La que hablaba así era Bárbara Grand. Su padre hizo una mueca de asombro. En-

tre los presentes figuraban Florencia, Juan Bowers y Eduardo Rent.

—¿Estás Loca? ¿Una chica como tú poner una tienda de sombreros? Las mujeres de por aquí, no se preocupan de ponerse sombrero y fracasaríais; de modo que desapruebo vuestro proyecto.

—No creo que sea de su rango el poner una tiendecita...—aseguró Eduardo Rent.

Bárbara le dirigió una mirada que equivalía a decir: "¿Y a usted qué le importa eso?" Pero se contentó con pedir con una seña a Bowers que intercediese en su favor.

—Deje usted a la señorita que cultive sus aficiones de trabajo... Quizás yo mismo le compre algún sombrero.

Grant, que no veía con buenos ojos la amistad del vaquero con su hija, le replicó ásperamente:

—A usted no le importan esos asuntos.

—Además, ¿qué va a comprar con sus cuarenta dólares de sueldazo al mes?—añadió Kent, con ánimo de ponerle en ridículo.

Iba Bowers a replicar cuál se merecía aquel estúpido, pero Bárbara se opuso:

—Hagan el favor de no disputar delante de mí.

Como a fin de cuentas las mujeres consiguen cuanto se proponen, porque macha-

can hasta salirse con la suya, Bárbara Grant logró que su padre le diese el permiso para instalar su tienda de sombreros.

Era una tiendecita pequeñita, pero instalada con el mejor gusto en la calle más concurrida de Villagrants.

Decir la expectación que despertó en el pueblo la apertura de la primera tienda en el ramo, sería inenarrable. Sólo diremos que el acontecimiento podía compararse al de la inauguración del ferrocarril, ni una sola mujer de Villagrants, y había muchas, dejó de asomar sus narices a la puerta del establecimiento. El escaparate era admirado constantemente por todas las desocupadas de Villagrants. A partir de entonces, empezaron a verse sombreros en la cabeza de las "villagranticas".

Juan Bowers, que había regresado a la hacienda Pringle, donde le reclamaban sus deberes, buscó y halló la manera de poder hacer una visita al establecimiento de sus dos amiguitas.

La oportunidad le vino el sábado siguiente, día en que mamá Pringle le mandó al pueblo a hacer la compra semanal.

—No te olvides de las especias...

—Pierda usted cuidado...

—Traete también una lata de pimientos morrones... y otra de tomates...



Con tan triste desenlace...

—La lata me la está usted dando ya— dijo Bowers, cansado de tantas advertencias.

—Dime también si son hermosos los sombreros de la tienda de Bárbara Grant.

—¿Ha visto usted qué muchacha tan simpática es Bárbara, mamá Pringle?

La primera comisión que hizo al llegar al pueblo, fué la visita al nuevo y moderno establecimiento de Bárbara.

—¡Cuidado que es lista esta muchacha! —pensó Bowers al ver tanta gente parada ante el escaparate.

Cuando iba a entrar, advirtió que Eduardo Rent se hallaba en la tienda y aguardó a que saliese.

Eran los primeros días de la inauguración del establecimiento, y todavía no se había vendido ni uno.

Bowers fué acogido con muestras de simpatía por parte de las dos jóvenes, muy al contrario de Kent, a quien habían recibido con displicencia.

Bárbara informó a su amigo de todo y concluyó con estas palabras:

—Hasta ahora no hemos vendido nada, pero si alguna de las elegantes del pueblo se decide a comprarnos uno, todas las demás la seguirán.

—Pues yo he venido a comprar uno— dijo Bowers.

—¿Para ti...?—preguntó Bárbara, entre asombrada e irónica.

—No, para mamá Pringle... La pobre no puede venir y yo deseo hacerle este pequeño obsequio.

Mientras Bowers pasaba uno de los ratos más agradables que había tenido en mucho tiempo, en un lugar del pueblo poco frecuentado, celebraban una reunión secreta dos individuos: Wingo Wade y Eduardo Rent.

—Oiga, Rent. Le he citado aquí para de-

cirle que Juan Bowers impidió que sacáramos provecho de nuestro asalto al tren... Queremos marcharnos de este pueblo miserable, pero para ello precisamos algún dinero.

—Si pensaban pedírmelo a mí, lo siento mucho, pero estoy sin blanca. Debo a los fondos comunales más de cinco mil dólares y si viene una inspección, estoy perdido.

—Entonces, únase a nosotros, prepare un golpe y nos hacemos ricos en seguida.

V

Juan Bowers salió de la tienda de sombreros de Bárbara Grant cargado con una sombrerera.

Como en los pueblos pequeños no se tiene más ocupación que llevar y traer chismes, a la media hora todo el vecindario de Villagrán sabía que las sombrereras habían hecho la primera venta a la señora Pringle.

Tal como si Juan Bowers les hubiese traído la buena suerte, empezaron a acudir compradoras y en poco tiempo vendieron una gran cantidad de sombreros.

Al día siguiente, Bárbara y Florencia

volvieron a recibir la poco agradable visita de Eduardo Rent.

—Me permito aconsejar a ustedes y particularmente a usted, señorita Grant, que no den confianza a ese Juan Bowers.

—En lo que a mí respecta—replicó Bárbara—, tengo juicio propio y me gusta hacer lo que me da la gana.

—Lo digo porque ese Bowers es un muchacho atolondrado y porque su comportamiento es poco recomendable — explicó Rent.

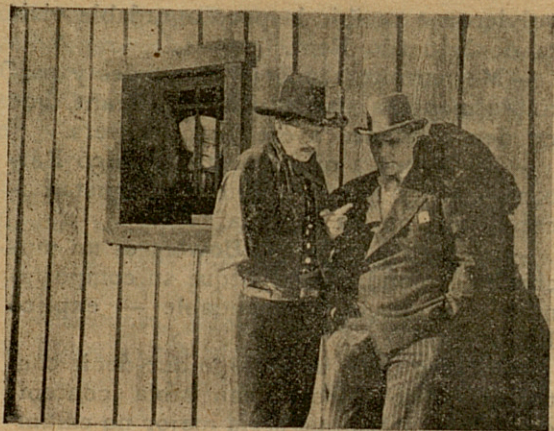
—¿Acaso tiene usted algo que decir contra él?—dijo Bárbara con rabia contenida—. Me parece que sería mejor no calumniar así a ese muchacho. Al menos, en mi casa no se lo consiento, ¿entiende usted?

—Yo sé lo que me digo—refunfuñó Rent despidiéndose.

Aquella misma mañana, ocurrió un suceso que dió motivo a Rent para cebarse contra su rival. El padre de Bárbara había salido al campo y, sin saber cómo ni de dónde venía, recibió un balazo en una mano.

Al regresar al pueblo con la mano ensangrentada, encontró a Rent y le contó el percance, sin darle mucha importancia.

—Supongo que ha sido una desgracia casual, pues la bala venía de rebote y sin fuerza.



*...hablaban de pie debajo de la ventana
bien ajenos de que alguien...*

—De seguro que ha sido ese Bowers y los suyos, que siempre andan por aquí disparando sus pistolas. Una orden de arresto será para ellos una buena lección. Ese Juan Bowers es un mal bicho.

No obstante las "buenas" referencias que diera Rent, el padre de Bárbara no hizo caso alguno y éste hubo de exclamar cuando se enteró del percance de boca del propio Rent:

—Yo estoy segura de que Juan jamás disparará contra mi padre.

Entre tanto, Wingo Wade proseguía sus trabajos para hacer un buen negocio, y llamó aparte a Rent para decirle:

—Tengo un plan excelente para hacer dinero. Se trata del asalto del banco y ya tengo tomadas mis medidas. Si usted quiere tener participación es necesario que haga de que Bowers y los suyos vayan a la cárcel.

—Conforme—dijo Rent.

—Entonces, esa parte del programa irá a cargo de usted.

Cuando una persona quiere meter a otra en la cárcel, la cosa es muy fácil. No consiste más que tener un poco de paciencia para aprovechar cualquier oportunidad con objeto de acusarle.

Rent deseaba perder a Bowers por dos motivos: primero porque era el único obstáculo que le impedía conquistar el corazón de Bárbara.

El objeto que perseguía Wade con la detención de Bowers y su cuadrilla, era tener cubierta la salida una vez cometido el robo, pues la hacienda Peters era el paso obligado para salir del pueblo por camino.

A partir de aquel día, Juan observó que en torno de él se cernía una atmósfera de conspiración. Llegó incluso a ser tiroteado un día que regresaba a la hacienda.

Como el vaquero era valeroso, pudo hacer frente a quienes trataban de asesinarlo a mansalva y cuando aquéllos hubieron agotado sus municiones, les pudo dominar fácilmente, apuntándoles con su pistola.

—¿Con qué objeto me queríais asesinar? —preguntó.

Ninguno de ellos respondió. Entonces Bowers recurrió a un sistema más ingenioso.

—El primero que me diga quién es la persona que le da las órdenes, queda en libertad.

Los tres contestaron a un tiempo.

—¡Wade!

Cumpliendo lo que había prometido, Juan les dejó marchar. Después quedó pensando qué interés podía animar a Wade para eliminarlo de este mundo y no logró hallar una explicación satisfactoria.

Por último sospechó si la partida de Wade sería la que había intentado asaltar el tren, propósitos que se malograron gracias a su intervención.

—Debe ser eso y ahora quiere tomar venganza, o tal vez quiere eliminarme para preparar otro asalto. En lo sucesivo iré con cuidado y si pasa algo, ya sabré a quién atribuirlo.

VI

La clientela de la sombrerería no era del agrado de Florencia, la cual entendía que la mujer jamás debe huir de los hombres. Buscó un sitio donde poder desarrollar sus principios y entró a prestar servicio en un bar del pueblo.

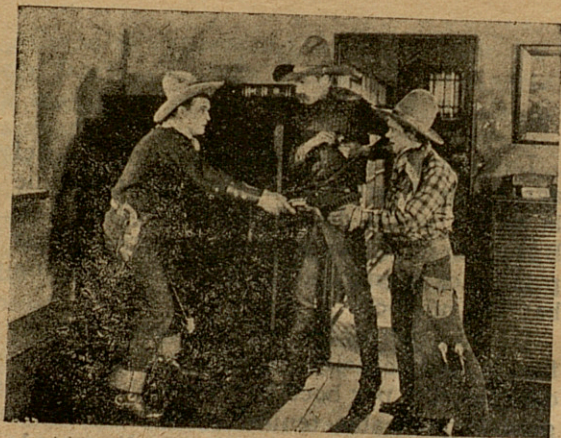
Un día que entró Juan a tomar un refresco, tuvo ocasión de hablar con Florencia y recibir por boca de ella la alegría más grande que había tenido en su vida.

—Bárbara y yo nos hemos disgustado por culpa de usted... Ella le mira con demasiada simpatía... y yo también.

—¿Eso es cierto o me lo cuenta usted? —exclamó Bowers loco de alegría.

—Tan cierto como que si le pide relaciones, le dirá que sí, en seguida. Pero es usted tan tonto que no ha notado la simpatía con que le distingue?

Como notarlo, sí que lo había notado, pero no quería tener la pretensión de creer que Bárbara estaba enamorada de él; se daba cuenta de su insignificancia para pretender el amor de una de las chicas más distinguidas del pueblo, y guardaba el amor que ella le había inspirado, en el fondo de su corazón, bien oculto.



...y se trocaron los papeles, quedando el
carcelero...

Así es, que al tener la seguridad de que Bárbara no le rechazaba, sino, antes bien, correspondía a su pasión, Juan Bowers tuvo un acceso de alegría tan grande que empezó a convidar a todos sus amigos.

—¿Pero qué pasa? ¿Acaso te han hecho alguna cosa grande?—le preguntaban unos y otros extrañados.

—¡Que soy el hombre más feliz de la tierra! ¿Os parece poco?—respondía Bowers a unos y otros.

Una vez pagado el gasto, abandonó la

taberna, no sin antes haber agradecido la confianza de Filomena con un efusivo apretón de manos y se encaminó directamente al establecimiento de su amigo.

Dos de sus compañeros, que temían por su integridad mental, le siguieron.

Al volver una esquina, Juan vió una cartera en el suelo y la recogió, ignorando que se trataba de una estratagema de Kent, el cual se hallaba apostado cerca d allí.

Bowers se guardó la cartera en el bolsillo, celebrando la feliz casualidad que la suerte le deparaba, y prosiguió su camino.

Acto seguido, Rent se entrevistó con el comisario, denunciándole que Bowers le había robado la cartera.

Salieron ambos a su encuentro, y al ser registrado le hallaron las pruebas de la denuncia, siendo conducido al calabozo junto con sus compañeros. Con tan triste desenlace se malogró el acontecimiento más memorable de la vida de Juan Bowers.

La prisión no tenía más que una ventana, recayente a un callejón, que dejaba ver un trecho de campo, limitado por el fondo de las altivas Montañas Rocosas.

Hallándose junto a aquella ventana, Juan pudo oír perfectamente la conversación de dos individuos que reconoció por sus voces: eran Wade y Rent, los cuales habla-

ban al pie de la ventana, bien ajenos de que alguien les escuchase.

—Mientras voy a recibir el dinero que debe llegar para el Banco—decía Wade—, encárguese de excitar los ánimos de la gente y así aumentaremos la confusión y tendremos la retirada más fácil.

Los bandidos se retiraron, pero oyó lo bastante para suponer que sus intenciones eran asaltar la diligencia.

Juan enteró de todo a sus amigos y entre todos fraguaron un plan para desbaratar los propósitos de los bandidos.

Cuando el Comisario les hizo la visita reglamentaria, Juan le dijo:

—Me parece, señor Comisario, que si fuera usted a darse una vuelta por el Banco, no haría ningún disparate.

Juan contaba con el carcelero para poder llevar a cabo sus planes. Si aquél se prestaba, las cosas saldrían a gusto de todos. Y salieron, porque el carcelero era un hombre de buena fe y se dejó preparar la encerrona. Mientras era llamado a la verja con un pretexto fútil, otro de los carceleros pasaba la mano por entre los barrotes, se apoderaba de las llaves y la pistola; con aquéllas abrieron la puerta y con ésta amenazaron al pobre hombre, haciéndole ocupar su puesto y se trocaron los papeles,



Una vez en libertad...

quedando el carcelero convertido en prisionero y viceversa.

Una vez en libertad, Juan y sus compañeros cogieron más armas y volaban hacia la carretera por donde iban a llegar los fondos del banco.

Entre tanto, Eduardo Rent se había encargado de hacer cundir la alarma en todo el pueblo con objeto de que pasara desapercibido el asalto del coche de los fondos.

Juan y los suyos fueron por un atajo y tomaron la delantera a Wade y sus se-

cuaces. A pocas millas del pueblo se cruzaron con la carreta y la hicieron parar.

—Yo soy el comisario—dijo Bowers al conductor—y es preciso que me entregue los fondos inmediatamente, pues detrás de nosotros viene una partida de bandidos.

Una vez se hizo cargo del dinero, sin que el conductor pusiera ningún reparo, los de Juan volvieron grupas y regresaron al pueblo por el mismo camino que habían seguido antes.

Poco después, tal como Bowers había prevenido, el de la carreta se vió envuelto por una partida de hombres.

—Entrega todo el dinero que lleves, muchacho—dijo Wade.

—El Comisario les cogió la delantera. Si no me creen registren el coche—respondió el pobre hombre.

VII

Media hora después de ocurrir los sucesos que llevamos relatados, una cuadrilla compuesta de cuatro jinetes entraban en el pueblo y, atravesando las calles más desiertas se dirigieron al establecimiento de Bárbara.

Juan Bowers, que era uno de ellos, se

desmontó y entró a hablar con la joven, a quien hizo entrega del maletín que había salvado de las garras de los ladrones.

—Bárbara: aquí tiene usted el dinero que hoy esperan en el Banco. No puedo explicarle más porque debo volver a la cárcel. Llévelo usted misma en seguida.

Una vez depositada la crecida suma, Juan y sus compañeros volvieron a la cárcel.

Entre tanto, Wade se presentaba en el pueblo cabizbajo. Eduardo Rent le salió al encuentro y en seguida adivinó que las noticias de su cómplice eran poco agradables.

—¿Dónde está el dinero?—preguntó.

—Pues que el Comisario se nos adelantó y nos ganó por eso: por delantera.

—No es posible: el Comisario no se ha movido del pueblo y mal puede estar en dos partes a la vez. Esto debe ser una emboscada, si no es una mentira tuya.

Discutieron largo rato, hasta que por fin insinuó Wade:

—Apuesto a que ese Juan Bowers y los suyos se han escapado.

Para cerciorarse, se dirigieron a la prisión, y allí pudieron ver a los cuatro jóvenes, los cuales se habían reintegrado felizmente, salvando así de un serio compromiso al guardián.



*Una vez depositada la crecida suma que
contenia el maletín...*

* * *

Wade, Rent y los suyos no fueron castigados. A veces ocurre que la justicia de los hombres se olvida de ejercer su elevado ministerio.

En cambio, la virtud, la honradez y el amor, fueron recompensados con creces.

Juan y sus amigos pudieron demostrar fácilmente cuán falsa era la denuncia de Rent y salieron de la prisión al día siguiente.

Lo primero que hizo el vaquero fué visitar a su amiga. La entró en la tienda despachando sombreros. Cuando se encontró solo ante ella, le preguntó si era verdad lo que le había dicho Florencia.

—No sé lo que pueda haber dicho, pero como a pesar de todo lo ocurrido es una buena chica, todo lo que haya dicho es verdad—respondió Bárbara.

—Entonces... entonces... ¿es de verdad que me quieres a mí?—preguntó Juan Bowers con el alma en los labios.

—¡Pues no te voy a querer, hombre, no te voy a querer. Te lo he estado diciendo meses y meses con los ojos y tú sin apercibirte de ello. Trae este sombrero para guardarlo. Cuidado que sois torpes los hombres...

FIN

Biblioteca ENCANTO

Recomendable para la juventud y familias por su interés y moralidad.

TOMOS PUBLICADOS

- 1 *Yo soy como la manzana*, por Clovis Eimeric.
- 2 *Amor que no muere*, por Alonso Vaugneray traducción de Ricardo Prieto.
- 3 *¿Dónde hallar un novio?*, por Clovis Eimeric.
- 4 *La venganza del amor*, por Antonio Guardiola.
- 5 *El heroico don Juan*, por Clovis Eimeric.
- 6 *Corazón dormido*, por Ricardo Prieto.
- 7 *Zapato que yo me quito...*, por C. Eimeric.
- 8 *Agua mansa*, por Ricardo Prieto.
- 9 *La novia del asesino*, por Clovis Eimeric.
- 10 *Corazones unidos*, por Pedro Nimio.



Precio: 60 céntimos

ORATORIA EN VERSO

PARA BANQUETES
BODAS Y BAUTIZOS

DEDICATORIAS, ENHORABUENAS
BRINDIS, INVITACIONES, ETC., ETC.

por

DIEGO DE MARCILLA



PRECIO DE CADA TOMO
UNA PESETA